

BEJUCAL

Dada mi respuesta afirmativa, el doctor Campos me instaló, provisionalmente, en uno de los cuartos que había al fondo del edificio de la farmacia. Allí residían su hijo Oscar, recién graduado de farmacéutico y que ocupaba la dirección técnica del establecimiento y los dos dependientes: Casanova y Elpidio.

El doctor Campos se preocupó por mi instalación. Me sirvió de fiador ante el dueño de la casa que alquilé; abonó el importe de los pocos muebles que necesitaba para mi instalación y del caballo que era imprescindible para realizar las visitas al campo.

En la mueblería me ocurrió un curioso incidente. Encontré, en un canastillero, una colección de la Biblioteca Internacional de Obras Famosas. Los tomos, empastados en tres cuartos de tafílete rojo, eran bellísimos. Esa obra había sido editada pocos años antes y yo no pude adquirirla. Pregunté por su precio y, al saber que era tan sólo de treinta pesos, decidí comprarla. Para sorpresa mía, al recibir los muebles de mi casa, me enteré que en el precio de los libros estaba incluido el canastillero, especie de armario de pequeñas dimensiones con puertas provistas de vidrios transparentes, donde las futuras madres colocaban y exhibían las ropas dedicadas al hijo que esperaban. Los muebles de la consulta, incluyendo un buró con su silla, me los construyó un habilidoso joven de Bejucal, Juan de Dios Alfonso que, con el correr de los años llegaría a ser profesor de trabajo manual de la Escuela Normal de La Habana y al cual me unió una sincera amistad.

La casa que alquilé había sido edificada para el «mediquito nuevo» que me precedió y que, después de cierto tiempo de permanencia en Bejucal, fue a ejercer a una localidad de Camagüey. Era, en realidad, una casa doble, una de sus partes con el plano convencional de sala, saleta-comedor y una hilera de cuartos con el baño intercalado. Contigua a ella, la otra parte, que constaba de un salón de espera, un gabinete de consultas y un patio con la caballeriza al fondo. Ambas partes se comu-

meaban por una puerta que había entre el gabinete de consultas y la saleta.

La casa estaba muy bien situada, en la parte céntrica de la población y tan sólo a una cuadra y media de la farmacia de Campos. El alquiler mensual me pareció muy razonable: treinta pesos.

Tuve necesidad de buscar a alguien que atendiera la casa. Me fue recomendado un hombre maduro, de corta estatura, de movimientos lentos y aún más lento razonar. Bien es verdad que si sus cualidades fueran más brillantes, no se hubiera conformado con la humildad de sus menesteres. Necesitaba que hiciera la limpieza, que atendiera a los clientes y tomara los recados, esto es, lo que más adelante e inventando una palabra muy adecuada, actuara de «repcionista» y, por último, y no por esto menos importante, que me cuidara, alimentara y ensillara el caballo. Para casos de emergencia en que él no estuviera presente, me adiestré en este último trabajo. Por la multiplicidad de las labores que realizaba, mis amigos de la farmacia, cuando hablaban de él, le llamaban «mi empleado técnico».

A pesar de haberme instalado en la casa donde vivía y atendía mi consulta, continué comiendo en la farmacia. Hubiera sido un gasto innecesario y una gran complicación organizar la cocina en casa para mí solamente. Además, hubiera sido difícil sustituir a «Candela», el maravilloso cocinero de la farmacia, que personificaba a todos los utensilios de la cocina, conversaba con ellos y los trataba de usted. No era raro, al pasar junto a la cocina oírle decir:

—Cazuela, ¿dónde tá uté metía?

Como la cazuela no le contestara, dirigía su monólogo a la espumadera.

Pasaba el día cantando y, a la hora de sazonar, destapaba las cazuelas, sostenía el paquete de sal con la mano izquierda y al son de

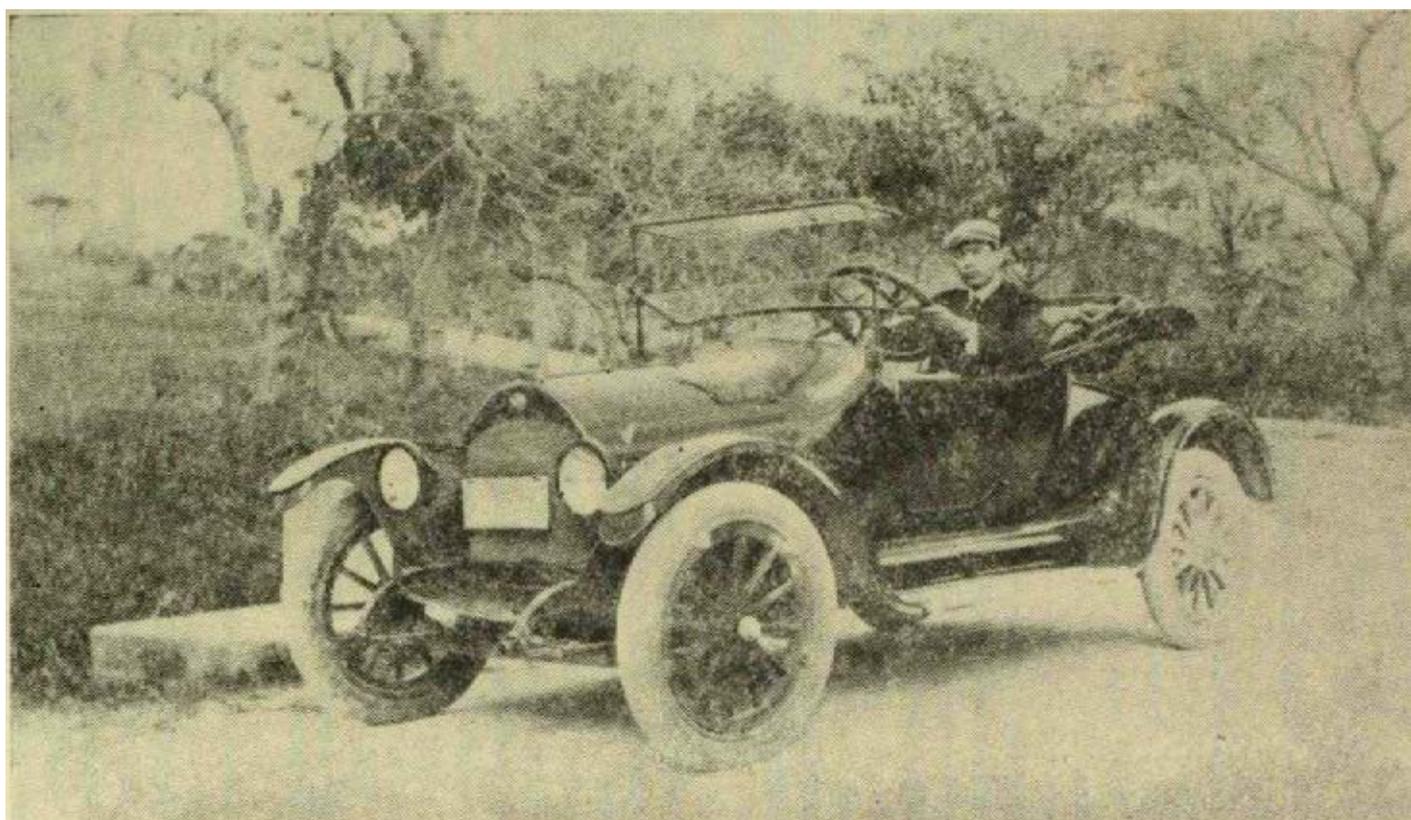
¡Qué malas son, qué malas, qué
malas son las mujeres...!

iba echando sal en cada una de las vasijas.

Cuando la comida quedaba pasada de sal, le decíamos:

—Candela, aguanta el canturreo.

Para la compra de mi caballo tuve en cuenta las ideas que ya expuse anteriormente y según las cuales el campesino forma un juicio más o



Automóvil (cuña) marca Overland, modelo de aquella época usado por el doctor Mario E. Dihigo en el ejercicio de su profesión en Bejucal.

menos favorable del médico, de acuerdo con las cualidades de su caballo. El que adquirí era un bello ejemplar rosillo, de marcha tan suave que se rendían largas jornadas sin experimentar el menor cansancio.

Mi trabajo podía dividirse en dos categorías distintas: el local, en el interior de la población y las salidas al campo, que requerían el empleo del caballo.

Mis colegas hacían sus visitas locales en un tílburí. De haber adoptado ese sistema, hubiera tenido que adquirir el carruaje, un caballo adicional y contratar los servicios de un cochero.

Al principio las hice a pie, que no puede negarse que es un procedimiento muy higiénico; después, compré un automóvil, una cuña Overland, con matrícula de Isla de Pinos⁹ que me propuso y vendió una americana.

Recientemente, revisando fotografías viejas, encontré una de mi primer automóvil y se me humedecieron los ojos... de risa. Después de todo, poco más o menos, así eran los automóviles que rodaban en aquella época. Fui el primer médico de Bejucal que hizo sus visitas en un automóvil conducido por el mismo.

Para atender a las personas desvalidas, el municipio me enviaba unas boletas en que declaraba al interesado «pobre de solemnidad» y me pedía que lo consultara o lo visitara en su domicilio, según lo requiriera el caso.

El doctor José Vallee era el médico de la delegación en Bejucal de la sociedad mutualista «La Bondad», que tenía su quinta en La Habana, en la Calzada del Cerro, donde hospitalizaba a sus asociados que lo requirieran. El doctor Vallee era oriundo de Matanzas y conocía a varios miembros de la familia Llanos. Yo lo consideraba viejo, a pesar de que sólo tendría entonces unos cuarenta y cinco años, era casado y había perdido a su único hijo, a muy corta edad. Excelente compañero y buen médico práctico, no tenía ambiciones económicas y trataba de realizar cómodamente su trabajo. Antes de que yo fuera a ejercer a Bejucal, había dividido el pueblo en dos zonas. Él se reservó una y le cedió la otra él «mediquito nuevo». Como era natural, se dividían el sueldo entre ambos. Eso permitía hacer mutuas sustituciones en casos necesarios.

⁹ En aquella época, cada municipio expedía sus propias licencias.

El otro médico era el doctor Isidro Zertucha. Era uno de esos hombres definidos, en los cuales no había términos medios. Se era amigo de él o su enemigo. A ninguno de sus clientes se le hubiera ocurrido cambiar de médico. Sabría que, de hacerlo, se enemistaría personalmente con el doctor Zertucha. Me daba la impresión de que él creía tener inscriptos a sus clientes, a su nombre, en el registro de la propiedad. En aquella época era un hombre como de sesenta años, alto, corpulento, sanguíneo, de bigote y pelo canoso y de cara muy inteligente. Desarrollaba una actividad pasmosa, pues, además de ejercer diligente- su profesión de 'médico, era propietario de una farmacia, del cine y del acueducto del pueblo.

Me encontraba frecuentemente con él en la barbería. Su saluda invariable era:

—¿Y qué dice mi joven amigo?

No hay un calificativo que le guste menos a un médico de veintidós años que el de joven. Un día le contesté a su saludo de esta suerte:

—Yo estoy perfectamente. Y ¿cómo le va a mi viejo amigo?

En lo adelante nos saludamos sin hacer alusión a nuestras respectivas edades, porque nada disgusta más a un médico que ha pasado de los sesenta, que lo califiquen de viejo .

Es un concepto muy generalizado que los médicos incompetentes expiden numerosos certificados de defunción. Discrepo de esa idea. En mis primeros meses de ejercicio profesional, no firmé un solo certificado. Cuando el enfermo se agravaba, como los familiares no tenían confianza en mí, me proponían que lo viera otro compañero. Si el caso era realmente grave y terminaba fatalmente, era el médico de más prestigio que yo quien expedía el certificado. Pasado cierto tiempo, yo había resuelto favorablemente algunos casos en el seno de una familia y, al presentarse un caso grave, tenían en mí la confianza necesaria para mantenerme a la cabecera del enfermo y, en caso funesto, firmar el certificado. Paradoja: un médico firma tantos más certificados de defunción cuanto mayor es su prestigio.

Desde el inicio de mi profesión, he tratado de tomar con el más puro espíritu deportivo ese amargo trance en que le proponen a uno, ser sustituido en la asistencia de un enfermo.

Cuando el familiar más caracterizado del paciente al cual estoy atendiendo, se acerca a mí, y con expresión apenada y palabra difícil me dice

que han decidido cambiar de facultativo, a mi mente viene, por considerarlas muy parecida, la escena tantas veces presenciada del «manager» que cruza lentamente el terreno, sostiene una breve conversación con el lanzador que actúa en el montículo, como consecuencia de la cual éste va a la ducha y un nuevo lanzador avanza lentamente desde el «bull-pen».

Aun los inmortales del deporte, los Méndez, los Luque y los Dihigo han pasado, a veces, por ese amargo trance. ¿Qué tiene, pues, de raro que yo, un médico de liga menor, me vea, de cuando en cuando, en una situación análoga?

Cierto día me visitó en mi consulta el agente de un laboratorio de especialidades farmacéuticas para hacerme una proposición deshonesta. Era uno de esos laboratorios que concedían al médico una determinada cantidad por cada frasco de sus productos que recetara. El público, con ese fino olfato de que está dotado, había bautizado esos medicamentos con el nombre, muy apropiado, de «patentes de chivo».

Yo le dejé que expusiera en todos sus detalles su proposición y, al terminar, me limité a decirle que no me interesaba la propuesta que me hacía. Algún tiempo después tuvo oportunidad de conocer la extraordinaria magnitud que, en algunos casos, alcanzó este sucio negocio. En su oportunidad expondré el curioso hecho de que tuve conocimiento.

El caballo era imprescindible para realizar las visitas a ciertos lugares montañosos. En algunos casos, en que el sitio que iba a visitar quedaba relativamente cerca de la carretera, me ponía de acuerdo con quien solicitaba mis servicios, para ir en automóvil hasta el lugar más conveniente y hacer el último tramo del viaje en un caballo facilitado por el cliente.

Tuve oportunidad de comprobar, con mi experiencia, la certeza de las palabras del doctor Campos Marquetti en ocasión de proponerme ir a trabajar a Bejucal: «todos le pagarán, pero le pagarán poco».

Los honorarios por una visita en la cual, como promedio, se invertían dos horas, eran, generalmente de cinco pesos. La mayor parte de los campesinos eran dueños de pequeñas fincas donde cultivaban lo necesario para el autoconsumo y explotaban las arboledas, generalmente de mangos y de aguacates. Tuve oportunidad de conocer la forma en que dichos campesinos obtenían su ganancia: vendían la arboleda en conjunto. Intermediarios provistos de todos los medios de recolección y de transporte, iban a las fincas en las fechas más convenientes, de acuerdo con los precios del mercado y tomaban las cantidades de frutas necesarias.

No puede negarse que el procedimiento de vender la arboleda era; muy cómodo para el campesino, pero éste perdía gran parte de la ganancia, que tenía que compartir con el intermediario.

Antoñica me tenía ofrecida una visita para conocer la que pensábamos que habría de ser nuestra primera residencia. Ya yo le había hecho por cartas descripciones detalladas, ilustradas por planos en que se consignaban los tamaños de las habitaciones. Ya, en nuestra imaginación, habíamos distribuido los muebles que aún no teníamos.

Esperaba la visita un domingo por la tarde. Ella y su hermana mayor debían llegar en el tren de las dos. Pero, como sucede con frecuencia en la vida del médico, a la una se presentó un campesino que requería con urgencia mis servicios. Confié a mi «empleado técnico» la recepción de las visitantes y le encargué que les informara que regresaría tan pronto me fuera posible.

A las tres estaba de regreso. Me sentí orgulloso de que me vieran en acción. No tuve tiempo de sentarme para hablar con las viajeras. Por la puerta de la calle, que estaba abierta, penetró un grupo de personas. La figura central era un joven que venía sostenido por dos acompañantes. En su camisa, inmediatamente por encima del cinturón, había una gran mancha de sangre. Del centro de la mancha emergía el mango de un cuchillo que, a cada movimiento respiratorio del accidentado, subía y bajada acompasadamente.

Es una creencia popular muy arraigada que corre mucho riesgo para la vida del herido extraer el arma. Y eso fue, precisamente, lo que yo hice, sin acostar al paciente sobre la mesa de reconocimiento. No pudieron sus acompañantes sostenerlo. Cayó hacia atrás y, con la cabeza, rompió el vidrio de una mampara y se produjo una herida del cuero cabelludo, que determinó una intensa hemorragia que no se cohibió hasta practicar la sutura. El herido fue enviado, para su observación a una clínica de La Habana. El accidente no tuvo consecuencias desfavorables. Presenció Antoñica una escena anticipada de lo que sería la vida de la esposa de un médico rural.

Sin embargo, hubo un hecho que modificó el curso de nuestras vidas. Matanzas no tenía aún la Escuela Normal de Maestros que, de acuerdo con la ley, debía funcionar en cada una de las provincias. Por tanto, se estaba proyectando su fundación.

Entre las cátedras que formaban el currículum, había la novena que tenía por título: Anatomía, fisiología e higiene. Educación física, juegos y deportes.

Había dos cátedras análogas, una para cada sexo. Obtuve el programa que se emplearía en las oposiciones. De los ciento doce temas que comprendía, en unos noventa no tenía problemas, por referirse a asuntos estudiados por mí más profundamente en la escuela de medicina.

Se presentaban dificultades en los restantes, que estaban relacionados con asuntos pedagógicos o de educación física.

Logré que la doctora Estrella Grande Rossi, sobrina de mi profesor de Patología General y profesora de la Escuela Normal de La Habana; de la misma asignatura a la cual yo iba a oponerme, me preparara y explicara los temas de asuntos pedagógicos.

Me puse en contacto con el profesor José Heyder, de origen austriaco, que trabajaba en el Colegio de Belén y contraté con él un mes de clases diarias. Estudiamos los temas teóricos y me hizo trabajar prácticamente, con objeto de que estuviera preparado en el caso de que saliera a la suerte, en las oposiciones, dar una clase práctica de educación física. Mi hermano julio reclutó en el barrio un grupo de alumnos improvisados y la apacible calle de Enamorados se vio animada por las voces de mando del profesor y las evoluciones realizadas por los alumnos.

Y llegó el día de las oposiciones que se realizaron en el viejo cuartel de San Ambrosio, ocupado entonces por la Escuela Normal de La Habana.

Las oposiciones constaban de tres ejercicios: uno oral, en el cual el opositor debía disertar durante una hora sobre cinco temas sacados a la suerte; uno escrito, consistente en el desarrollo, por cada uno de los opositores, del mismo tema, sacado a la suerte entre los que formaban el temario, en un plazo de ocho horas y con obras de consulta; y uno práctico, que consistía en dar una clase, cuyo asunto era también determinado por la suerte. Todos los opositores debían desarrollar el mismo asunto.

Tres opositores habíamos presentado nuestros respectivos expedientes. En el ejercicio oral, uno fue descalificado por no poder disertar durante el tiempo reglamentario.

Pasamos dos al ejercicio escrito, con ventaja manifiesta mía sobre el otro opositor sobreviviente. Al terminar el último ejercicio, consistente en la clase práctica, el tribunal, unánimemente, me declaró vencedor.

Se cerraba una etapa de mi vida y comenzaba otra que sería larga y rica en experiencias.